



LA EDUCACIÓN COMO ESPACIO PARA EL SÍ DEL NIÑO A LA VERDAD

Mesa Redonda del VI EFCSM 2011

P. Luis Miguel Flores

© 2011. Fundación MAIOR

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

Citación de procedencia.

Aviso previo a la Fundación MAIOR, que permita autorizar la reproducción.

Exclusión de todo fin de lucro.

© 2011. Fundación MAIOR

Desengaño 10, 3º A 28004 Madrid 91 522 76 95 info@maior.es www.maior.es

EDUCACIÓN: ESPACIO PARA LA RESPUESTA LIBRE DEL NIÑO A LA VERDAD.

Quien recibe a un niño como este en mi nombre, me recibe a mí (Mt 18,5). Ante estas palabras de nuestro Señor, la bendición que reciben los padres con la llegada de un nuevo miembro de la familia resulta extraordinariamente iluminada. Los padres que celebran alegremente la llegada de un pequeño lo hacen con asombro y consientes de la responsabilidad que implica para ellos. La vida indefensa que tienen delante, queda totalmente a su cuidado, ellos deberán aprender a conducir a su pequeño por caminos que lo lleven a la verdadera madurez, a la plena libertad, a la plenitud de la vida. Para ello será necesario construir un espacio que permita conducir el crecimiento y desarrollo del niño, no sólo físicamente, sino también espiritualmente, pues no deben dejar de lado ningún aspecto de la vida que les ha sido confiada. Él Señor dice a sus discípulos *dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis (Mt 19,14)*, por lo cual es necesario también mantener la indicación.

Decimos que es necesario crear un espacio para el desarrollo y crecimiento del niño, y el primer lugar donde se materializa ese espacio, en el que crece y se desarrolla el niño, es la casa; de ahí que sea necesario hacer de ella un lugar adecuado que permita que el niño descubra su ser corporal y espiritual. Por tanto construir y conservar la vitalidad de ese espacio es tarea primordial de los padres.

Nos dice Héléne Lubienska de Lenval¹ que hay que aprender a introducir en la casa el silencio, el orden y el trabajo, todo ello con la finalidad de hacer de ella ese lugar educativo donde comenzará a desarrollarse y a tomar conciencia del mundo y de sí mismo el niño. En la casa no debe haber lugar para el ruido, la prisa, las controversias, las vanidades; en ella se debe introducir el silencio, el orden y el trabajo, por la sola razón que a Dios no se le encuentra en medio del ruido (Cf. 1 Re 19, 12).²

Pero ¿cómo introducir el silencio? ¿En qué consiste? ¿Qué beneficios podemos tener de ello? Algunos consejos concretos nos los propone Lubienska de Lenval, y aunque insiste en el silencio notaremos que en cada uno de los siguientes puntos se conjuga armónicamente con el orden y el trabajo.

Silencio auditivo: Se trata de proteger al niño de toda clase ruidos y gritos que disturbán su alma. Esto implica saber tratar las cosas de la casa y a las personas. En cuanto se refiere a las cosas podemos pensar en los muebles. El trato y cuidado que se debe tener con los muebles, es una oportunidad muy valiosa para educar. Una madre o un padre que saben incorporar la espontaneidad del pequeño favoreciendo la colaboración en el cuidado de la casa, el aseo y el orden, orientará ese deseo natural de crecer que hay en el niño y que ennoblece su persona, guiando, aconsejando, pero no sustituyendo o privando al niño de toda posibilidad de acción por la falsa razón de ser pequeño y no saber hacer las cosas. Así el niño aprenderá no sólo a valorar lo que tiene, sino además descubrirá el esfuerzo que implica conservar el orden y cuidar las cosas. Siguiendo en el orden de las cosas pensemos un poco en los juguetes, en el primer periodo de su infancia es necesario alejarlo de todo tipo de juguetes que emitan ruidos violentos; si pensamos en la radio hay que evitar el sonido estridente. Los juguetes ruidosos y luminosos como la radio estridente disturbán la tranquilidad y la paz del alma. Ahora pensemos en la relación con las personas, aquí el silencio auditivo consiste en saber moderar la voz en las conversaciones, evitando toda clase de gritos, tanto en el trato con el pequeño como con el resto de la familia, sobre todo cuando se va a corregir al niño o cuando se discute alguna cuestión con otro miembro de la familia. Aquí los padres deben tener la delicadeza de no discutir en tonos inadecuados delante de los pequeños.

¹ Educadora de origen polaco, nace en Roma el 16 de agosto 1895 y muere en Bruselas en 1972, fiel discípula de María Montessori desarrolla su propia pedagogía dándole una base profundamente religiosa.

² Lubienska hace alusión a la vivencia de Elías en el Sinaí, que no vio la presencia de Dios en el huracán, en el fuego o el terremoto, sino en una brisa suave y silenciosa.

Silencio táctil: Se trata de evitar toda clase de movimientos bruscos, así como la prisa en los desplazamientos que realizamos tanto al interior como al exterior de la casa. Ir de un sitio a otro, dando el tiempo necesario para preparar las cosas necesarias en dichos desplazamientos, requiere una renuncia continua a la prisa para que sean realizados con orden y en paz. Pensemos en el ritmo que se debe emplear para el aseo personal o bien para tomar los alimentos o para la programación de las distintas actividades de la semana, todo ello en relación con el niño, veremos cuán importante y necesario es renunciar a la prisa y a los movimientos bruscos para mantener la paz. Una madre lo sabe, no es lo mismo asear a su pequeño con toda la calma del mundo sabiendo que tiene tiempo suficiente para hacerlo logrando que el niño disfrute el momento, a que lo haga con toda la rapidez que es capaz porque necesita pasar a otras cosas. En el primer caso el niño encontrará divertida aquella actividad, en el segundo resultará un momento tormentoso que culminará en el llanto. Discernir el modo y tiempo que se debe invertir en dichas actividades no es tiempo perdido; al contrario es muy valioso, pues se trata de proporcionar un ambiente de paz y estabilidad reflejada en nuestros movimientos.

Silencio visual: el silencio visual tiene mucho que ver con el ritmo de las horas para sacar provecho de ellas, pues hay que saber custodiar el ritmo regulado por la luz natural y no abusar de la luz artificial. En relación con el niño, hay que evitar el descontrol del ritmo biológico que hay en él, por eso es necesario no abusar de la luz artificial, no se deben prolongar los trabajos o juegos hasta altas horas de la noche. Por otro lado hay que evitar que sean expuestos a continuos cambios de luces que pueden alterarlos como es el caso de la televisión o los videojuegos, donde la mezcla de ruido y luz inquieta a los niños, por ello es necesario un serio discernimiento en el uso de estos medios. El silencio visual pretende promover el quehacer durante el día y el descanso por la noche.

Lograr que la casa sea un lugar silencioso, y con ello ofrecer un espacio educativo en el que la forma exterior cultiva el interior de la libertad de los que la habitan por medio de esfuerzos constructivos y actividades ordenadas depende en gran medida de los padres. Ellos impulsados por el amor se ponen al servicio del pequeño, sometándose a una obediencia marcada por el crecimiento y desarrollo del niño, el cual irá adquiriendo hábitos que poco a poco hará suyos conforme vaya creciendo. Así se le va dando responsabilidad al niño y se le va orientando no sólo pacientemente y dulcemente, sino también corrigiendo oportunamente, haciéndole ver su error e indicando lo correcto, pues en muchas ocasiones corregimos oportunamente al niño haciéndole ver su falta, pero olvidamos indicarle aquello que es correcto; de este modo el niño sigue quedando desorientado, sabe lo que no debe hacer, pero no tiene claro qué es lo que se espera de él.

Dice Lubienska que: *“El silencio reposa, calma, cura, consuela. Repara las fuerzas, protege la vida, promueve el pensamiento. El silencio nos hace mejores. Él solo hace que el espíritu y la materia entren en acuerdo”*.³ Pero además el silencio predispone para el encuentro con Dios, de ahí que sea tan importante aprender a introducirlo en la propia vida.

Es importante subrayar que, en todo lo dicho, no se trata de buscar simplemente la ausencia de ruido, o de estructuras que tienen como finalidad la perfección, puesto que no se trata de imponer y tener todo bajo control, eso sería mutismo; se trata de una ascética constante, puesto que introducir el silencio, el orden y la ocupación en la propia vida no es tarea fácil.

Hemos hablado hasta aquí de un primer espacio educativo en el que principalmente el niño es educado en el ámbito de las relaciones sea con las cosas sea con las personas. Continuando con las indicaciones que nos ha dado Lubienska podríamos hacer unas reflexiones respecto de ese segundo lugar educativo en el que los niños pasan la mayor parte de su tiempo, el colegio.

³ Hélène Lubienska de Lenval, *Le silence*, ed. Don Bosco, Paris 2006, 9.

El colegio ha de ser un lugar en el que estén presentes tres características que deberían acompañar toda labor educativa, silencio, orden y trabajo; y de ella se debe alejar el ruido, la prisa y la competición. Estos últimos son señalados por Lubienska como los Baales (ídolos) de nuestro tiempo, que no permiten que nos encontremos con Dios, pues estamos demasiado ocupados en cosas exteriores o bien interiores.⁴ Por ello no es menor la responsabilidad de aquellos que dedican su vida al cuidado y la enseñanza, pues también ellos reciben al niño como don, don que ha sido puesto en sus manos para ser conducido por el camino del encuentro con la Verdad.

Podía parecer que estos tres aspectos están presentes en el colegio, pero habría que cuestionarnos si verdaderamente reina el silencio, la disciplina y el trabajo en él.

Pensemos por un momento al silencio, ¿Podríamos decir que hay silencio ahí donde se ha impuesto la orden de una voz estridente que da como resultado miradas que acusan temor, intimidación o desafío? Lubienska nos insiste que hemos confundido el silencio con el mutismo, ya que este se impone con violencia y es expresión de dominio por parte del más fuerte, porque es intimidación, amenaza. El mutismo no es voluntario y excluye el dialogo. El silencio se logra por medio de la voz que sabe respetar la tranquilidad del otro, que permite el dialogo, la amistad.

Para obtener el verdadero silencio hay que sacrificar el mutismo. No basta con tener la boca cerrada. Hay que buscar el silencio en el hombre entero. Para ello hay que dejar hablar a los pequeños, es decir que aprendan a hablar. Que aprendan a hablar en el pasillo, en el comedor, en el dormitorio, incluso en la clase con la sola condición de no molestar a los demás. Así aprenderá a trabajar y a callarse por sí solo, además aprenderá a controlar la intensidad de su voz. Poco a poco distinguirán el silencio del ruido. A este precio se obtienen, las recreaciones sin gritos, se evitan las injusticias, las intimidaciones, las desobediencias, los ridículos.

Pensemos ahora al trabajo intelectual, ¿Acaso es sostenido por un deseo sincero de conocer la verdad, de encuentro con el saber ahí donde todo es medido con unos parámetros que no corresponden a las exigencias del niño? Hablamos de inapetencia intelectual, de falta de atención, de interés, ¿Pero hemos tocado el fondo del problema? Lubienska nos vuelve a dar una pequeña luz pues nos indica que para combatir la inapetencia intelectual hemos usado un veneno peor que la enfermedad, la emulación, la puntuación y recompensa. El verdadero nombre de estos males son: vanidad, presión y mentira. Pues se trabaja por una buena nota, la buena nota acarrea derechos y reconocimientos, y los derechos y reconocimientos una buena posición, es decir privilegios, de este modo el deseo de conocer la Verdad es conducido por un falso camino.

Para remediar este mal es necesario un sacrificio superior al que se realizó con el mutismo, se trata de renunciar a los primeros sitios, los puntos, las notas, las graficas, recompensas, puciones, y poner simplemente a trabajar a los alumnos teniendo como único objeto el saber, haciéndoles ver que no sólo se trata de un fruto extrínseco sino también intrínseco. Trabajar por un fruto exterior e interior.

Ahora pensemos en los programas, ¿Cómo situarnos ante ellos? ¿Cómo hacer que ellos sirvan realmente para el crecimiento intelectual de nuestros pequeños?

Podemos dejarnos esclavizar por ellos despertando de nuestra parte una actitud servil, es decir, quejándonos de ellos pero cumpliéndolos a la letra, “es lo que hay” y es lo que tenemos que hacer. ¿No será que a partir de esta actitud surja ese deseo de agotar temáticas, pasando de una a otra sin importar el ritmo de aprendizaje del niño y como consecuencia sin importar si ha sacado provecho o no de los contenidos? ¿Acaso no se convierte poco a poco en una dinámica obsesiva por preparar exámenes,

⁴ Las siguientes reflexiones tienen como base: Hélène Lubienska de Lenval, *L'univers biblique où nous vivons*, ed. L'échelle de Jacob, Dijon 2009, 45-60.

haciendo de esto una especie de religión donde interesa que haya nociones claras sólo en el momento del examen y no para toda la vida? ¿No será por lo mismo que el aprendizaje queda reducido a meros conocimientos que el alumno tiene que digerir sin importar el modo de hacerlo?

Sin embargo, es cierto que podemos situarnos, ante los programas, con la libertad de los hijos de Dios. Los programas son dados, pero es necesario aprender a quitar la envoltura y quedarnos con lo esencial, es necesario aprender a conducir a nuestros alumnos por el camino del saber despertando el deseo por el siempre más de la verdad y en última instancia por el siempre más de Dios. San Pablo nos recuerda que del amor de Dios no nos debe alejar nada, (Cf Rm 8, 37-39), mucho menos nuestros proyectos educativos, nos dirá Lubienska.

Pero aún podemos dar un paso más y hablar del aspecto moral, ¿Logramos verdaderamente que haya una adhesión libre por parte del niño a todo nuestro sistema educativo? ¿Realmente le permitimos responder con libertad, amor y alegría? ¿Lo conducimos a un encuentro consigo mismo, con el mundo que lo rodea y con ese misterio sobrenatural que lo envuelve todo? Para lograr todo esto es necesario obtener antes que nada su confianza. Por eso es necesario sacrificar todo nuestro sistema policial, que controla por medio de la imposición.

El empeño educativo, de los padres en casa y del educador en el colegio, es una tarea que requiere ser realizada en el amor, solo esto permitirá respetar el tiempo necesario para pasar de una etapa a otra en el desarrollo y crecimiento del niño. Ponerse al cuidado del niño estando siempre dispuesto a dar una indicación, a ayudar o corregir en el momento oportuno, mostrando nuevos horizontes, nuevas verdades es un servicio que debe realizarse para gloria y alabanza de Dios nuestro Señor.

En última instancia debemos procurar al niño un espacio donde él pueda desarrollarse y crecer con libertad y orden, respetando todas sus dimensiones. Suscitar en él respuestas libres a lo que se le pide y a aquello que él mismo va descubriendo como exigencias personales, ya que si sabemos conducirlo lo llevaremos de la mano a Dios. Para ello hay que saber valorar ese núcleo puro que se encuentra en ellos y que podemos contemplar en aquella escena del evangelio donde el Señor coge un niño y lo presenta como modelo para entrar en el reino de los cielos y que completa aquella que suscitó nuestra reflexión y a la cual apunta la misma Lubienska: *“El niño que abraza Jesús responde a una llamada... el obedece sin que le griten, se deja abrazar y mirar, todo esto prueba que no ha sufrido esos shocks que hacen que los niños se pongan a la defensiva... por el momento, pequeño como es, vive del silencio, de docilidad y de confianza... he aquí lo que significa espíritu de infancia”*.⁵ He aquí aquello que los adultos estamos llamados a custodiar.

⁵ Hélène Lubienska de Lenval, *Le silence*, ed. Don Bosco, Paris 2006, 63.